

## Una señal del cielo

Los versículos de Jueces 6:1-3, relatan: “...Los israelitas hicieron lo malo a los ojos del Señor, y durante siete años el Señor los dejó caer en manos de Madián. Los madianitas oprimieron con tanta crueldad a los israelitas, que ellos hicieron cuevas y refugios en los montes y en lugares inaccesibles. Y es que después de que los israelitas habían sembrado, venían los madianitas y los amalecitas, y los que habitaban al oriente, y los atacaban.”

Observa la situación de opresión que atravesaba Israel: Los madianitas subyugan y oprimen, ‘acosando sin piedad’, al pueblo escogido, El pueblo del Pacto. Dice el versículo 6: “...Por culpa de los madianitas, los israelitas se habían empobrecido demasiado, así que clamaron al Señor.”

Volvemos al ciclo de Jueces: Israel enfrenta adversidades y claman directamente al Señor, quien escucha su ruego, enviando un libertador para su liberación, completando el ciclo repetitivo de obediencia, desobediencia, libertad.

Los versículos 7 al 10 detallan que: “...Ante su clamor, el Señor les envió un profeta, que les dijo: Así dice el Señor, el Dios de Israel: “Yo los saqué de Egipto, donde eran esclavos. Yo los libré del poder de los egipcios y de cuantos los afligían. A todos ellos los arrojé lejos de ustedes, y a ustedes les di su tierra. Yo les confirmé que soy el Señor su Dios. Así que no tengan miedo de los dioses de los amorreos, que todavía están entre ustedes. Pero ninguno me obedeció.”

Fíjate en lo dicho por Dios al pueblo, que adoraba a dioses falsos. Y la razón por la que Dios no estuviera liberando al pueblo de sus enemigos en la tierra prometida, es obvia, según Jueces 6:10: “...Yo les confirmé que soy el Señor su Dios. Así que no tengan miedo de los dioses de los amorreos, que todavía están entre ustedes. Pero ninguno me obedeció.” Veamos que, en el momento de la dificultad, a pesar de la desobediencia del pueblo, y ante su dolor, sufrimiento y clamor, Dios en su misericordia empieza a actuar para traer liberación. Dios bendice a su pueblo, aunque éste sea débil y se equivoque.

Y entonces, ocurre una aparición especial...El Ángel del Señor, es decir, el propio Señor revelado en esta teofanía sorprendente, se manifiesta a Gedeón y le expresa directamente que está con él. Jueces 6:11- 12: “...Entonces el ángel del Señor vino a Ofrá y se sentó debajo de una encina, que era propiedad de Joás el abiezerita. En ese momento Gedeón, el hijo de Joás, estaba en el lagar, sacudiendo el trigo para esconderlo de los madianitas. Y el ángel del Señor se le apareció y le dijo: “El Señor está contigo, porque eres un hombre valiente y aguerrido.”

Observa la réplica contundente e inmediata de Gedeón, combinada con incredulidad, en el versículo 13: “...Y Gedeón le respondió: Señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos ha sobrevenido todo este mal? ¿Dónde están las maravillas que nuestros padres nos contaron, cuando nos decían que el Señor los había sacado de Egipto? ¡Pero ahora resulta que el Señor nos ha desamparado, y

que nos ha entregado en manos de los madianitas! El Señor lo miró fijamente, y le dijo: «Con esa misma fuerza que demuestras, vas a salvar a Israel del poder de los madianitas. ¿Acaso no soy yo quien te está enviando? Pero Gedeón le respondió: «Mi Señor, ¿y cómo voy a salvar a Israel? ¡Yo soy de la familia más pobre que hay en Manasés, y en la casa de mi padre soy el más pequeño! El Señor le dijo: Confía en mí, porque yo estoy contigo. Tú derrotarás a los madianitas, como si se tratara de un solo hombre.»

El Señor convoca a Gedeón para traer la liberación contra Madián. Gedeón, como ocurre varias veces, se siente incapaz. La forma en que Dios habla con Gedeón nos recuerda la manera como convocó también a Moisés. Él dijo con bastante claridad: 'Yo estaré contigo; ¿no soy yo quien te envía? ¡Así que ve!' Gedeón no debía temer porque el Señor promete su presencia y su acción liberadora para rescatar Israel de los madianitas. Pero siempre que Dios convoca uno de sus escogidos para hacer su obra, esta persona ve la realidad y se da cuenta de las cosas.

Él escucha y dice: ¿quién soy yo para hacer todo eso? Soy de un clan casi irrelevante; mi tribu es poco importante; soy el menor de mi familia... Es decir, no tengo ni la más mínima posibilidad de hacer algo. Gedeón lo afirma de manera decidida y objetiva. Jueces 6:17-18 dicen: "...Pero Gedeón respondió: «Si en verdad cuento con tu favor, yo te ruego que me des una señal clara de que has hablado conmigo. Por favor, no te muevas de aquí hasta que yo vuelva y te presente la ofrenda que tengo para ti. Y el Señor le respondió: «Esperaré a que vuelvas. Gedeón fue entonces y preparó un cabrito; tomó veinte litros de harina para hacer panes sin levadura, y luego puso la carne en un canastillo y el caldo en una olla, y todo esto lo llevó y lo puso debajo de la encina. Allí el ángel de Dios le dijo: «Toma la carne y los panes sin levadura, y ponlos sobre la peña, y sobre ella derrama el caldo.» Gedeón lo hizo así. Entonces el ángel del Señor extendió el bastón que tenía en la mano, y con la punta tocó la carne y los panes sin levadura. Al instante brotó fuego de la peña, y consumió la carne y los panes sin levadura, y el ángel del Señor desapareció de su vista. Gedeón comprendió que había visto al ángel del Señor y exclamó: «¡Ay, mi Señor y Dios, que he visto a tu ángel cara a cara!»

Es impresionante observar a Dios manifestándose de una manera muy especial a un hombre que parece no ser tan importante. Tal como Dios se manifestó a Agar, según los capítulos 16 y 21 de Génesis, aquí Dios también hace lo mismo.

Gedeón quiere la comprobación clara de lo que está pasando. Parece que la manifestación del Ángel del Señor no es lo suficientemente espectacular para que Gedeón se sienta seguro de qué hacer. Él requiere comprobar y asegurarse que tal aparición es de procedencia divina. Pero, después del sacrificio establecido, con lo que conlleva, la desaparición del ángel y el fuego subiendo del altar, Gedeón toma conciencia de lo ocurrido y exclama, v22-24: "...Gedeón comprendió que había visto al ángel del Señor y exclamó: «¡Ay, mi Señor y Dios, que he visto a tu ángel cara a cara! Pero el Señor le dijo: La paz sea contigo. No tengas miedo, que no vas a morir. Allí, Gedeón edificó un altar al Señor y lo llamó "El Señor es la paz" y hasta el día de hoy este altar puede verse en Ofrá de los abiezeritas.»

La Biblia nos sigue revelando más información referente a lo sucedido con Gedeón: “...Esa misma noche, el Señor le dijo a Gedeón: «Ve y toma el toro de siete años, es decir, el segundo del hato de tu padre; luego derriba el altar que tu padre levantó en honor de Baal, y derriba también la imagen de Asera que está junto al altar. Luego, en un lugar conveniente (...), edifica un altar al Señor tu Dios, y cuando hayas tomado el segundo toro, con la madera de la imagen de Asera que derribaste, me lo ofrecerás como holocausto”.

Observa que la decadencia moral, esa influencia cananea referida en el texto bíblico, tan cuestionada y rechazada por Dios, ha “arropado” e involucrado en la idolatría, a la propia familia de Gedeón. Cuando eso ocurre, Dios expresa un mandato específico. Él ordena que aquellos objetos paganos sean destruidos y un nuevo altar sea consagrado al Señor. Gedeón, entonces obedece a Dios. Veamos lo que nos indica el texto, versículo 28: “A la mañana siguiente, cuando todos se levantaron, vieron que el altar de Baal había sido derribado, que la imagen de Asera que estaba a su lado había sido destrozada, y que el segundo toro había sido ofrecido en holocausto sobre el nuevo altar.”

Su gente había hecho eso durante la noche y ante las indagaciones de la mañana, descubrieron que el autor había sido Gedeón. Los hombres de la ciudad fueron a hablar con el padre de Gedeón, Joás, exigiéndole lo siguiente, versículos 30 y 31: “...Entrégnanos a tu hijo para matarlo, porque derribó el altar de Baal y destrozó la imagen de Asera que estaba a su lado. Y Joás les respondió: ¿Quieren luchar en favor de Baal y defender su causa? El que esté a su favor, que muera esta mañana. Si en verdad Baal es un dios, déjenlo que luche él mismo contra quien derribó su altar.”

Así que a pesar de todo lo que vimos, a pesar del enfoque teológico claro del texto, de la gran guerra contra las religiones paganas, razón de la debilidad e Israel, mientras esa polémica de fe ocurría, la dominación madianita proseguía contra Israel. El texto señala que: “...Mientras tanto, los madianitas, los amalecitas y los del oriente se aliaron y, luego de cruzar el río, acamparon en el valle de Jezrel. Entonces el espíritu del Señor vino sobre Gedeón y, cuando este hizo sonar el cuerno, los abiezeritas se le unieron. Además, Gedeón envió mensajeros a las tribus de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí, y ellas también se le unieron y salieron a su encuentro.”

En ese momento, Gedeón se hace un planteamiento para sí mismo. ¿Está Dios realmente conmigo? ¿lo aprueba? Y entonces decide realizar esa prueba impresionante, algo milagroso para confirmar la presencia y acción de Dios en medio de su pueblo. Los versículos del 36 al 40, declaran que: “...Entonces Gedeón le dijo a Dios: «Si vas a salvar a Israel por medio de mí, como lo has prometido, déjame poner en la era un vellón de lana. Si al amanecer hay rocío sobre el vellón, pero a su alrededor el suelo está seco, con eso entenderé que tú salvarás a Israel por medio de mí, como lo has prometido.» Y así sucedió. Cuando Gedeón se levantó, exprimió el vellón, y con el rocío que sacó llenó un tazón de agua. Pero Gedeón volvió a decirle al Señor: «No te enojas conmigo, Señor, si insisto, pero quiero hacer otra prueba con el vellón. Te ruego que esta vez solo el vellón quede seco, y que alrededor de él haya

rocío en el suelo.» Y esa misma noche Dios lo hizo así: solo el vellón quedó seco, y sobre el suelo había rocío.”

Gedeón hizo el examen de la lana en el suelo. En un momento la lana estaba seca y el suelo mojado, luego el suelo estaba completamente seco y la lana absolutamente mojada. El Dios libertador, el Dios de milagros, hizo algo extraordinario, confirmando para aquel hombre sencillo, aquel guerrero principiante, que Dios estaba con él. La victoria sobre los enemigos dependía de la fidelidad a Dios. La victoria sobre los enemigos no dependería de la fuerza del pueblo de Israel, sino de la fidelidad y obediencia al Pacto establecido con Dios y principalmente de su Poder: El Poder del Altísimo, Yahveh Dios, no del poder humano.